

# JOAQUÍN V. GONZÁLEZ Y EL ESPÍRITU UNIVERSITARIO PLATENSE

Marcelo D. Coll Cárdenas<sup>(\*)</sup>



En 1963 tuvo lugar la conmemoración del centenario del natalicio de Joaquín V. González, figura estrechamente ligada con los orígenes de la Universidad Nacional de La Plata, ya sea en su rol de “fundador” de esta casa de estudios, o como “nacionalizador” de la misma, de acuerdo a la diversidad de criterios puestos de manifiesto en los estudios llevados a cabo en el pasado. En el marco de un año declarado “gonzaliano” por el Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), cobró estímulo el estudio de su obra y de las tradiciones de la Universidad.

La conmemoración tendió, fundamentalmente, a una exaltación de su pensamiento –especialmente en el campo educativo– pero también a un rescate de la obra realizada en la Universidad de La Plata; buscándose, ante todo, fijar un enlace entre sus ideas y proyectos universitarios, con las tradiciones reformistas platenses (Galletti, 1961; Del Mazo, 1962; Pérez Aznar, 1962; Aznar, 1963; Dorcas Berro, 1963; Llovet, 1963, Pró, 1963; Revista de la UNLP, 1963). Ya un primer

atisbo, en este sentido, de trazar una línea donde la “Universidad Nueva” encontrara su continuidad con la obra reformista de 1918, se observaba en los escritos de Alfredo L. Palacios, a comienzos de la década de mil novecientos cuarenta (Palacios, 1943). Si bien dicho enlace podía ser considerado parcialmente correcto, también manifestaba los deseos de su cuerpo de profesores y de la Federación Universitaria de La Plata (FULP), por rescatar ese pasado, frente a la experiencia universitaria reciente de persecuciones e intervención llevadas a cabo pocos años atrás durante la presidencia de



Samay Huasi, 1920. En la cumbre del cerro; al fondo Chilecito.

Perón. De este modo, no debe perderse de vista el sentido claramente “restaurador” que asumió la vida universitaria después de 1955.

En 1960, con motivo de la celebración del quincuagésimo quinto aniversario de la UNLP, su Presidente, el Dr. Danilo Vucetich, hizo un balance de su gestión. Destacaba el compromiso de la Universidad con la vida democrática, exaltando su misión permanente al servicio de la ciencia y de la cultura, mediante el cultivo de la investigación y de la producción humanística. Sin embargo, dejando de lado el recurso retórico, remarca-

ba la existencia de puntos oscuros que podrían llegar a transformarse en extremadamente graves si no se tomaban con seriedad. El primer problema se refería a la ausencia de una ayuda financiera suficiente desde el Estado, que privaba a estas casas de estudios de edificios adecuados al crecimiento de la población estudiantil, con el agravante del problema salarial que afectaba a los sectores docentes y no docentes. Se planteó en su momento, como probable solución,

que se concediera la autonomía económica. Con el golpe de Estado de 1966, algunas de estas consideraciones pasaron a un primer plano, pero evidenciaron rápidamente su fracaso, agravando el conflicto existente y llevándolo a sus extremos. No se encontraba el rumbo en una institución que en sus propuestas fundacionales había colocado como su norte a la investigación científica, a la creación cultural, formadora de su “espíritu”.

Si nos remontamos a los tiempos fundacionales de la UNLP, puede observarse que la obra de González

el caso del Museo, del Observatorio, de la Facultad de Agronomía y Veterinaria y de las unidades académicas creadas en el seno de la vieja universidad provincial. A todas ellas las nacionaliza, proyectando un nuevo modelo de universidad, científica, experimental, bajo la influencia del pensamiento positivista. Su creación venía a dar respuestas a las necesidades de alta cultura de la Provincia de Buenos Aires; objetivo que no era nuevo, pues ya estaba presente en 1889 y en 1897, años en los cuales nacía y se ponía en marcha la Universidad Provincial de La Plata.

Sin embargo, la peculiaridad de su obra no descansa exclusivamente aquí, ni se agota únicamente en el modelo universitario propuesto. Tampoco debe limitarse al análisis acerca del papel desempeñado por González, para unos como “nacionalizador” y, para otros, como el “legítimo fundador”. Sin detenernos en este problema, el objetivo de este trabajo será tratar de identificar ese elemento, que le otorga un carácter más perdurable a su obra.

Joaquín V. González supo dotar a esta Casa de Estudios de un “espíritu” universitario, encarnado en sus propios ideales, sobre el cual se construye “la Universidad Nueva”. La Reforma del ‘18 lo impacta pero no lo destruye, por el contrario, lo renueva y fortalece dotándolo de vigencia a través del tiempo al incorporarle contenidos democráticos. Alfredo L. Palacios, en su carácter de Presidente de la UNLP, señalaba en su libro *Espíritu y técnica* (Palacios, 1943), escrito en 1941, cuales eran las responsabilidades que debía asumir esta Universidad ante su sociedad. El compromiso se hacía extensible hacia el conjunto de Iberoamérica, tratando de demostrar los caminos fallidos adoptados por otras sociedades más avanzadas, pero, corroídas por el odio y destruidas por la guerra. La ausencia de espíritu y la carencia de ideales conducía a Occidente a su muerte inevitable. Cuando en esa fecha pronunció su

discurso *Misión de la Universidad*, la marea nazi resultaba incontenible. La gravedad de los tiempos lo conducía al análisis de la función a desempeñar por la Universidad de cara al presente y en su proyección al futuro. Como resultado de sus reflexiones recuperaba del pasado al “espíritu” de la Universidad de La Plata, no en el sentido de persistir en las viejas experiencias tradicionales, sino al rescate de principios e ideales esbozados por Joaquín V. González: su preocupación por modelar al hombre, dándole un ideal, misión suprema de esta Universidad. Le otorgaba prioridad, de este modo, al espíritu por encima de la técnica.

La presencia de un espíritu universitario no se limitaba exclusivamente al ámbito institucional, sino por el contrario, lo desbordaba y se proyectaba sobre la Ciudad de La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires. La nueva capital cumplía difícilmente su rol; su fundación no era suficiente para solucionar la pérdida de la vieja capital. Con la federalización de la ciudad de Buenos Aires, la provincia homónima no solo sufrió pérdidas materiales, sino también su propia personalidad, que se tradujo en un claro vacío espiritual, tal cual lo comprendieron dirigentes políticos bonaerenses de la talla de Dardo Rocha y Rafael Hernández. Las medidas adoptadas constituyeron soluciones parciales: radicación obligatoria de los funcionarios provinciales, creación de un colegio secundario o apertura de institutos de estudios superiores. González se propuso dotar de una nueva investidura a dicha capital bonaerense, como ciudad universitaria, y, acorde a su propósito, completa la personalidad de la nueva capital. De este modo, cobran forma los principios fundacionales que se fueron manifestando en las propias instituciones universitarias.

Un lugar fundamental en el seno de la Universidad Nueva, lo ocupa el Colegio Nacional, siendo

un reflejo de ello la presencia de su rector en el Consejo Superior. Otra manifestación de lo anterior se observa en la magnitud de sus instalaciones: cinco vastos edificios, grandes jardines, amplios terrenos para ejercicios e internados, en 18 hectáreas de terrenos próximas al Bosque. Su función específica era la de preparar para los estudios facultativos; en palabras de González su “jardín de aclimatación”, en armonía con la tendencia y el espíritu de esta universidad. El colegio universitario proyectado anunciaba una reorganización de los tradicionales colegios nacionales, al incorporar una enseñanza científica y métodos experimentales. Nacido en 1885 como Colegio Secundario de la Provincia de Buenos Aires, dos años después se convirtió en Colegio Nacional para luego ser incorporado por la Universidad en 1907. Ello hacía posible imprimir una dirección uniforme a la enseñanza, introduciéndose la figura del profesor universitario –con cátedra a nivel facultativo bajo su responsabilidad– con el objeto de mejorar la calidad de la enseñanza secundaria. En el Colegio Nacional, más específicamente en su internado, González depositaba enormes esperanzas para el éxito de su empresa. Por otra parte, la Universidad de 1889 fundada por Hernández, seguía los moldes clásicos de las otras universidades nacionales, dando respuesta a un espíritu provincial bonaerense. Su mayor preocupación radicaba en restaurar las pérdidas sufridas por Buenos Aires –la Capital y sus instituciones educativas, formadoras de su dirigencia política– como resultado de los sucesos de 1880. Su objetivo estaba centrado en la reconstrucción de la grandeza de la Provincia de Buenos Aires.

El mismo González se adjudicaba el rol de “fundador”, tal cual lo decía la Ley Convenio, manifestando su disgusto hacia algunas personas y periódicos que empleaban la palabra “nacionalización”

(Castiñeiras, 1918). Añadía que no existía en La Plata sino un despojo de universidad, y que la única con tal carácter era la de Agronomía y Veterinaria que no formaba parte de la Universidad Provincial. A su juicio, “la Universidad Nueva”, no se ligaba con la anterior, al romper con los moldes tradicionales. Como señala un estudio (Crispiani, 2001), sus ideas educativas no pueden desvincularse con su actuación política anterior; concibe a la Universidad como herramienta de cambio para resolver los males históricos nacionales, ante un agotamiento de las soluciones políticas propuestas por los grupos tradicionales gobernantes, en momentos de conmoción universitaria y protesta estudiantil, en la Universidad de Buenos Aires, en 1904. De allí madura un modelo más científico que abandone el profesionalismo, identificado con las universidades de Córdoba y Buenos Aires. Señalaba al respecto:

*Nació esta Universidad en momentos de honda conmoción del alma de la juventud argentina y de la opinión avanzada del país, que pedían reformas de los sistemas vigentes y de las costumbres inveteradas en los antiguos institutos superiores; y nació no como un efecto inmediato de los sucesos lamentables que perturbaron la serena evolución de la grande Universidad de la capital, sino como comprobación de arraigadas ideas, y de la necesidad impostergable de ofrecer a las nuevas corrientes del espíritu, nuevos moldes y cauces adecuados; y como un modo de renovar una vieja selva no es injertar en troncos vetustos, sino reemplazándolos por otros en el mismo conjunto, se optó por el sistema de crear una universidad distinta en la capital de la provincia de Buenos Aires (...).*

En su discurso de despedida, al concluir su cuarto período consecutivo al frente de la Universidad Nacional de La Plata, el 18 de marzo de 1918, el Dr. Joaquín V. González señalaba, –respecto de Rodolfo Rivarola y del desaparecido Agustín Alvarez– (...)*ellos contribuyeron a formar ese basamento indestructible de prestigio y autoridad sobre el cual se*

*levantó la nueva institución universitaria, (...), penetrados desde el principio del espíritu de la nueva universidad, la han conservado en sus rumbos esenciales* (González, 1918). Ahora bien, ¿qué entiende González al hablar del “espíritu” de la Universidad Nacional de La Plata?

Señalaba el poeta Arturo Capdevila que: “(...) González, como lo hubiese imaginado un místico del Oriente, se propuso ir creando fraternidades y cofradías de amor, de la que fueran miembros, niños de costumbres, clases sociales y fortunas distintas; comunidades en suma de un patriotismo de tipo nuevo, de un patriotismo resueltamente elevado a religión” (Capdevilla, 1932).

A través de sus discursos pronunciados con motivo de la colación de grados y títulos, en 1914, 1915, y, en el acto de transmisión del cargo en 1918, se esbozan las ideas del riojano, respecto al espíritu que quiere insuflarle a la nueva universidad:

En *La Paz por la Ciencia* (1914), en un clima de incertidumbre por el estallido de la Gran Guerra, enuncia un cuadro situacional donde la discordia y la guerra han sustituido al amor y la fraternidad. Odio y amor son para él, dos leyes históricas tal cual lo demuestra su libro *El Juicio del Siglo*, donde la cuestión analizada se ha remitido exclusivamente al estudio del pasado histórico argentino (Pró, 1963). Dice González: (...)*La guerra ahonda y ensancha las diferencias entre las razas y las naciones, alejando cada vez más el ansiado día de la universal fraternidad (...)* *La ciencia es, así, la única senda que conducirá a la armonía de las sociedades humanas (...)* (González, 1918). Y dirigiéndose a los graduados universitarios les señala su misión a cumplir, y más aún, teniendo en cuenta que su visión acerca de la universidad no se remite a una formación exclusivamente profesional, sino integral, añadiéndole valores y principios éticos: *Debemos, entonces, todos los consagrados a la tarea del estudio, en todo país de la Tierra, proponernos una nueva y más intensa, teniendo en cuenta que*

*vamos en auxilio de nuestros hermanos de otras razas y naciones, considerados, acaso, inferiores, porque ignoramos sus cualidades y virtudes esenciales (...)* *no olvidemos que estudiamos un problema propio, porque corresponde a nuestra misma civilización (...)* *En el desquicio probable de los ajustes de esa vieja fábrica no podríamos precisar con exactitud la misión superior que le está reservada a nuestra América y a nuestra patria, ya sea como sujetos de experiencia de nuevos principios emergentes de aquella terrible lección, ya como hogar de refugio o de reconstrucción de los ideales y doctrinas de solidaridad y justicia derruidos (...)* (González, 1918).

La consagración a los problemas permanentes de la nacionalidad (o del presente mismo en general, como habíamos visto antes cuando hacíamos referencia a los cien años de su natalicio), venían a dar sentido a la fórmula “Pro Scientia et Patria”, para la (...) *formación de espíritus y voluntades inspirados en ideales permanentes de bien y armonía sociales o de civilización y cultura humanas (...)*. Educar los pueblos era, por tanto, (...) *fortalecerlos por la unión, armonizarlos con sus vecinos y crear la gran unidad del género humano. La democracia sin educación es un nombre irrisorio* (González, 1918). La Ciencia, pues, trazaba el camino hacia la superación de la sociedad, la armonía, la paz, la justicia y la felicidad humana.

La Primera Guerra Mundial lo afectó profundamente, con respecto a su modo de concebir el presente. Ofrece una cuota de optimismo acerca del rol a jugar por América Latina en la reconstrucción moral de su presente en crisis. Naturalmente, esto lo iba a reproducir a nivel nacional y a escala local, respecto a su Universidad: (...) *Yo estoy seguro de que este nuevo período será el más fecundo en la vida orgánica de la Universidad (...)* *Y será, además, el período de verdadero brillo y expansión de sus enseñanzas e influencias, no sólo sobre nuestro país, sino sobre los vecinos y más lejanos, vinculados por antiguas solidaridades de raza y de destinos, y, por*



*la universal solidaridad de la ciencia sin fronteras* (González, 1918).

La idea de “solidaridad de raza” lo conduce a un rescate del latinoamericanismo, superadora de corrientes en boga que hacían alusión a la superioridad del hombre europeo frente a la inferioridad latina. De este último caso, América del Sur era el más claro exponente. Esto no era novedoso en sus escritos, como tampoco lo era, su “aleteo espiritualista sin ataduras positivistas” (Pró, 1963). En *Mis Montañas* (1891) presenta a la naturaleza animada por un principio divino que circula a través de todos sus seres, inclusive el hombre, a modo de una manifestación panteísta. La tierra tiene alma, en tanto que el sentimiento de Patria se nutre de este principio divino que circula a través de los seres y las cosas. En *Tradición Nacional* (1888), el estudio de la raza lo conduce a las raíces de la sociedad argentina, y al rescate del español, del criollo, del negro y del indígena. *Patria* (1900) y *Patria Blanca* (1921) son exponentes de una visión filosófica del tema: el patriotismo es una religión terrena, con raíces metafísicas, y no una simple construcción mental. No adhiere al patriotismo, egoísta, cerrado y anti-extranjero, sino a la colaboración entre las naciones. Aspiraba al progreso de la Nación bajo la guía de la Ciencia, a la cual le atribuye virtudes éticas. Bajo su conducción se alcanzará la “patria universal”, donde coexistan todas las democracias de la tierra a la luz de los ideales de justicia, paz y amor (Pró, 1963).

De este modo, a lo largo de su gestión entre 1905 y 1918, Joaquín V. González daba vida al “espíritu” de la universidad platense, acorde a sus inquietudes idealistas. Abierto a las experiencias novedosas en todos los campos, desde las ciencias duras hasta las humanísticas, con colaboradores extranjeros o renombrados pedagogos o científicos locales. La Escuela Anexa o el Internado del Colegio Nacional, demostraban como la renovación no se limitaba exclusivamente al ámbito facultati-

vo, sino que descendía a las raíces del “organismo universitario”, poseedoras de un sentido experimental, razón que justificaba su presencia dentro de la Universidad, como los jardines donde se modelara su espíritu.

El fin perseguido era dotar de alma a la universidad, infundiéndole un espíritu humanista que superara la fragmentación de la educación superior, cuyos efectos nocivos conducían a una tecnificación profesional, excluyentemente pragmática, con efectos desintegradores para la vida social y la personalidad del hombre. Esta era también la opinión de Palacios, vertida en sus obras *La Universidad Nueva y Espíritu y técnica en la Universidad*. Siguiendo este rumbo, el 27 de diciembre de 1941, les fue encomendado a los profesores Francisco Romero, Julio Castiñeiras, Juan Cassani, Pedro Henríquez Ureña, Faustino Legón, Teófilo Isnardi, Marcos Victoria, Alfredo Calcagno y Joaquín Frenquelli, el estudio de un plan destinado a todos los alumnos de las distintas facultades e institutos, para proporcionar una base general histórico-ideológico, fundamento de los cursos de cultura universitaria, con el objeto de contener la creciente corriente profesionalista en las universidades, al mismo tiempo que fortalecía la función universitaria de impartir cultura. La orientación humanista no solo era acorde con el ideario reformista de Palacios, también respondía a su preocupación frente al derrumbe de la civilización occidental arrollada por el nazismo. En medio de la crisis, la latinidad, o más específicamente, el iberoamericanismo, se levantaba como la última reserva espiritual de una humanidad, responsable de su propio suicidio, al priorizar la técnica, por encima del espíritu.

González no asistió al estallido del movimiento reformista de 1918. En ese año transmitió la presidencia a Rodolfo Rivarola, quien poco después renunció con motivo de la crisis estudiantil desencadena-

da en La Plata. Vivió sus últimos años de vida en el ostracismo de la vida universitaria (Aznar, 1963), preservándose su imagen, no expuesta a los virulentos ataques que desencadenó la Reforma, que hizo conmovir el edificio universitario. Cuando en los años venideros, la autonomía universitaria fue amenazada por la avanzada autoritaria y la intervención, tendrá lugar el rescate de su pensamiento y de su espíritu universitario.

\**Doctor en Historia. Profesor en la Facultad de Periodismo, UNLP.*

#### Bibliografía consultada

- Aznar, L.** 1963. Valoraciones, órgano del grupo de estudiantes Renovación. En: Universidad nueva y ámbitos culturales platenses. La Plata.
- Capdevila, A.** 1932. Loores platenses. La Plata, p. 179.
- Castiñeiras, J.** 1918. Historia de la Universidad Nacional de La Plata. Discurso final de Joaquín V. González pronunciado el día 16-VI-1918. Pp. 60-68.
- Crispiani, A.** 2001. La Universidad Nueva de Joaquín V. González. En: Biagini, H., La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil. La Plata, UNLP.
- Del Mazo, G.** 1962. Función capitalizadora de nuestra Universidad. Diario El Día, 19 de noviembre de 1962. La Plata.
- Dorcas Berro, R.** 1963. La primera Universidad y su rector. Diario El Día, 19 de noviembre de 1963. La Plata.
- Galletti, A.** 1961. La Plata y su Universidad. Diario El Día, 19 de noviembre de 1961. La Plata.
- González, J.** 1918. Un ciclo universitario. La Plata. UNLP. Pp. 33 y 138.
- Llovet, C.** 1963. La verdad y la justicia. Diario El Día, marzo de 1963. La Plata.
- Palacios, A.** 1943. Espíritu y técnica en la Universidad. La Plata.
- Pérez Aznar, A.** 1962. ¿Quién es el fundador de nuestra Universidad? Diario El Día, 19 de noviembre de 1962. La Plata.
- Pró, D.** 1963. Joaquín V. González en la historia del pensamiento argentino. En: Universidad, publicación de la Universidad Nacional del Litoral N° 56.
- Revista** de la Universidad Nacional de La Plata. 1963. N° 17.